

loso, el autor del cuarto Evangelio, el cual San Juan tiene todas las trazas de un neoplatónico convertido. ¿Es este anónimo quien tendrá el honor de inaugurar la última edad del cristianismo? No vemos inconveniente en que se tome de él la idea de una religión puramente espiritual; pero entonces entramos en el orden de ideas de los protestantes liberales. De todo ello viene á deducirse, como verdad incontestable, que las opiniones más opuestas van á parar á esta conclusión: necesidad absoluta de una renovación religiosa.

¿Cómo sucede que los ortodoxos pidan á voz en grito una revolución, ya sea por obra de San Juan, ya por obra del Espíritu Santo, ya por obra de Jesucristo? ¿No están en posesión de la verdad revelada por Jesús y escrita en un libro dictado por el Espíritu Santo? ¿Qué más podría decir ni hacer la Trinidad, aunque viniera en persona á la tierra? ¿Hay acaso dos verdades absolutas? No, no hay más que una. Luego aunque una ú otra de las personas de la Trinidad hicieran de ella una segunda edición, no podrían ni corregirla ni aumentarla. Menester es que el malestar sea bien grande para que se recurra á un remedio que nada remediaria. Y en efecto, por donde quiera se oyen las mismas quejas, lo mismo en Berlín que en Roma: «¡Ya no hay fe! gritan; ¡ya no hay fe ni abajo ni arriba! Por más que nos atengamos á la predicación del Evangelio en toda su sencillez, en toda su pureza, no encontramos en las mesas más que indiferencia ú oposición. Las columnas de la ortodoxia se derrumban una tras otra. Han llegado los últimos tiempos, y el Antecristo está á nuestras puertas», (1). Este grito de angustia es un signo del tiempo: el Antecristo no piensa en venir, ni tampoco vienen el Espíritu Santo ni Cristo. La ortodoxia desespera de sí misma, y en ello no le falta razón. Dejemos, pues, á los muertos y dirijámonos á los vivos.

§ III.—El cristianismo de Jesucristo.

N.º 1.—Regreso al cristianismo de Jesucristo.

I.

Se necesita una reforma en la Reforma. ¿Cuál será el objeto de ella? Hay una idea, un voto, una

(1) Véanse los testimonios en DOBLINGER, *Kirche und Kirchen*, p. 432.

necesidad que crece todos los días: libres pensadores y protestantes avanzados están de acuerdo en pedir la vuelta al cristianismo de Jesucristo. ¡Cosa singular! precisamente en el momento en que hasta en los pulpitos cristianos se repudia la divinidad de Jesús, y en que hasta los mismos pastores le vuelven la espalda á la ortodoxia tradicional, es cuando el nombre del Mártir del Gólgota se glorifica como no se glorificó jamás, y cuando todos proclaman á porfía que el cristianismo es la religión absoluta. Vamos á citar algunos testimonios, entre los muchos que pudiéramos exhibir, empezando por algunas palabras de un poeta, grande entre los grandes, Goethe, quien, por la naturaleza de su genio, parece más simpático á los dioses del Olimpo que á Jesús Nazareno: «Por mucho que progrese la cultura intelectual, por mucho que las ciencias naturales extiendan nuestros conocimientos, por mucho que se ensanche el espíritu humano, imposible será sobrepujar la grandeza del cristianismo ni su cultura moral, tales como ellas resplandecen en los Evangelios.» Pero hay un testimonio aún más considerable, el de Strauss, el autor de la *Vida de Jesús*, á quien se acusa de negar la realidad histórica de Cristo y de haber hecho de él un mito. Strauss ha escrito algunas páginas sobre el Hijo del Hombre que merecen ser conocidas. Autores muy populares se han inspirado en ellas, y las ideas que él expresa han llegado á ser casi lugares comunes (1).

¿Habrá llegado la última hora del cristianismo? Strauss confiesa que á los hombres imbuidos en la civilización moderna ya no les queda más que un culto, el culto del genio. Pero ¿no es también un genio Jesucristo y no debe tener, como tal, su parte en la adoración que consagramos á los grandes espíritus, por los cuales se revela á la humanidad el Padre de todos los genios? Lo que caracteriza al genio es la armonía en las facultades de que Dios ha dotado al alma humana. En los hombres ordinarios, cada facultad tiende á desarrollarse á expensas de las otras; por el contrario, en el hombre de genio, lejos de entrenchocarse y combatirse, viven en paz y concurren, sin lucha y como por una necesidad de la naturaleza, á cumplir lo que conviene hacer en cada instante de la vida. Pues bien, que se nos muestre en la historia del género huma-

(1) STRAUSS, *über Vergänglichliches und Bleibendes im Christenthum* (Zwei friedliche Blätter, p. 101 y siguientes).

no un alma más armoniosa, más límpida y más clara que la de Jesucristo. Las tempestades pueden atormentarla, pero no consiguen turbarla. ¿Se prefiere encontrar la marca del genio en una grande idea que inspire toda la vida, que determine el pensamiento y las acciones, que absorba todo el ser hasta el extremo de que aquel que por ella se halle poseído le sacrifique de buen grado su existencia? Que se nos muestre un ideal superior al de Cristo, que se nos muestre un hombre que en más alto grado haya tenido el poder de la abnegación y del sacrificio.

Tal vez se prefiera, en nuestro siglo de acción y de movimiento, el genio que obre con más poder sobre los hombres, que los atraiga como por una fuerza magnética, pero que por lo mismo provoque también pasiones hostiles, así como el sol, al calentar la tierra, produce nubes que muchas veces le velan y oscurecen. ¿Quién ha excitado, en este supuesto, simpatías más ardientes ni odios más furiosos que Jesucristo? También nos preguntamos qué hombre de genio es el que más influye en la posteridad, y concedemos la corona á aquel que conduce á la humanidad hácia los términos de sus destinos. Pues aún bajo este supuesto, ¿quién merece ser glorificado más que Jesús? ¿Quién, como él, ha removido el mundo durante siglos? ¿Quién ha abierto á la humanidad una más ancha vía de progreso incesante?

Hé ahí una verdadera apoteosis, dirán los libres pensadores, mientras que los creyentes gritarán: ¡blasfemia! Á los ojos de éstos, se rebaja á Jesucristo exaltándole. La humanidad le adoraba como Hijo de Dios, coeterno del Padre, y ahora se le hace descender de su celeste trono, para colocarle en la misma línea que los hombres extraordinarios, quienes, sin perjuicio de ser los elegidos de Dios, llevan en su vida y en sus obras la marca de la imperfección humana. Según la fe, hay en esto degradación; pero esa fe es ciega, es la idolatría que rechazan hoy todos los que piensan, y á éstos es precisamente á quienes nos dirigimos. Jesús no dijo nunca que él fuera Dios: se llamó Hijo del Hombre, y algunas veces Hijo de Dios, mas como se lo habían llamado David y Salomón. Pero si Israel es hijo de Dios, ¿por qué no lo será también la Grecia? Si los profetas merecen ese nombre, ¿por qué no se le daremos á Homero y á Sócrates? Para los creyentes, el Hijo de Dios es, so-

bre todo, un Salvador; pero ese título no puede ser tampoco el patrimonio exclusivo de un solo hombre. Si Jesucristo nos libertó del yugo de la ley y de los errores del paganismo, ¿no tuvo precursores en los Griegos que contribuyeron á la misma obra? ¿No nos libertaron de las cadenas de una vergonzosa ignorancia los grandes genios que nos revelaron los secretos de la naturaleza? ¿No han salvado á la humanidad los filósofos, reivindicando la libertad de pensar? ¿Es envilecer á Cristo colocarle en primera fila entre los bienhechores de la humanidad?

En el genio hay diferentes grados, y no ofrecemos á todos el mismo culto. Y no porque se pueda establecer una jerarquía entre los filósofos y los artistas, entre los poetas y los guerreros. ¿Quién podrá decir, entre Platón y Sófocles, entre Mozart y Napoleón, cuál de ellos es más grande? Pero la conciencia general no vacila en colocar sobre todos los hombres de genio, en una categoría aparte y superior, á los fundadores de religión. Y esto no es una preocupación cristiana. Para que pueda haber filósofos y poetas, guerreros y artistas, es necesario, ante todas cosas, que haya hombres. Esto supuesto, ¿quién forma á los hombres? ¿Quién los eleva sobre la animalidad en que nacen? ¿No es la religión tomada en su más alta acepción? ¿Qué habría cantado Homero si se le hubiera colocado en una tribu salvaje? ¿Qué habría pintado Rafael si hubiera nacido entre los caribes? El hombre no es hombre sino cuando tiene conciencia de su espiritualidad y de su libertad. Y ¿qué es lo que le da esa conciencia, sino es la razón, ó, lo que es lo mismo, la religión? No sin motivo coloca la humanidad en primera línea á los genios bienhechores que le han enseñado que tiene un Padre en los cielos. ¿No es esta la causa profunda de la deificación de los reveladores? Y si fuera posible hacer al hombre el igual de Dios, ¿quién más digno de ese culto que Jesucristo?

Hé ahí á Jesús elevado sobre los más grandes genios que honran y consuelan á la humanidad. Sin embargo, de creer á Strauss, todavía no ocupa el puesto que merece. Hasta ahora es el primero entre los primeros; pero ¿no debemos ir más allá y decir que es el único? Los genios religiosos no se distinguen únicamente por su misión de los filósofos, de los artistas y de los guerreros; se distinguen porque son de naturaleza diferente. Ocupados en vencer las malas pasiones que combaten á los

hombres mejor dotados, viven una vida interior, y este trabajo los transforma, resultando de él una existencia pura y armoniosa: diríase que son arpas eólicas que dan siempre el mismo sonido, sea cual fuere el soplo que hace vibrar sus cuerdas. No sucede lo mismo con los otros genios, los cuales experimentan una necesidad irresistible de manifestarse por sus obras, ya sean de arte, de poesía, ó de pensamiento, ó ya se traduzcan por acciones extraordinarias y brillantes. Esta necesidad nace de una pasión, de una turbación interna, y es un desgarramiento del alma, un sufrimiento de la inteligencia, una lucha del corazón que los empuja y obliga á desplegar sus ricas facultades. Pero por muy ricamente que los haya dotado la naturaleza, estos genios son incompletos. En primer lugar, porque cada uno tiene un dón particular que le absorbe de una manera exclusiva: uno es poeta de tal ó cual género; otro artista ó pensador en un círculo más ó ménos limitado. Y además, son también incompletos en este sentido: que su vida no está en armonía con sus sentimientos; los amamos á causa de sus obras, pero en su existencia hay muchas imperfecciones y muchas manchas que, si bien les perdonamos, no por eso dejan de chocarnos lastimosamente como una discordancia. Los genios religiosos se acercan mucho á la perfección; como el objeto de su trabajo es su misma alma, hacen de ella una obra de arte inimitable de acuerdo y de armonía. Por eso en ellos todo nos atrae y nos encanta. Y por eso también la humanidad, que se limita á admirar las obras maestras del arte, de la poesía y de la filosofía, reserva el culto propiamente dicho para los reveladores.

La Grecia antigua nos ofrece una de esas figuras ideales que frecuentemente se han comparado con Jesucristo. Sócrates era filósofo, orador, hombre de Estado y artista; pero no fué por ninguno de esos conceptos por lo que adquirió su inmortal renombre. Platon, en el dominio de la filosofía, es indudablemente superior á su maestro, y, sin embargo, nadie ha pensado jamás en compararle con Jesús. Y ¿por qué han comparado á Sócrates? Porque Sócrates fué un genio religioso. No escribió ni una línea, pero hizo algo más que eso; su obra maestra fué su vida. Otros hijos de la Grecia, de esa tierra privilegiada, produjeron obras que el escultor ateniense hubiera sido incapaz de crear: otros oradores y hombres de Estado, más brillan-

tes que él ilustraron la ciudad de Minerva; pero ninguno de ellos llegó á la altura de Sócrates, el cual fué más grande artista que todos cuantos admira la posteridad. Sócrates es una vida, y hoy todavía vivimos de la que él comunicó á la humanidad.

Jesucristo es de la misma familia que Sócrates: si prescindimos del lejano Oriente, los dos son únicos en el mundo antiguo. Los cristianos han colocado á Jesús tan alto, que toda comparación con él llega á ser un sacrilegio. Sin participar de esta idolatría, Strauss no vacila en colocar al Hijo del Hombre en primer término, como superior á Sócrates. ¿Por qué ha merecido ese honor insigne? Porque Jesús tuvo más profundamente que nadie la conciencia del lazo que une el hombre á Dios. Sólo Él pudo decir: "El Hijo no hace sino aquello que el Padre quiere que haga. Yo y el Padre somos uno mismo. Nadie conoce al Padre sino es por el Hijo." Estas palabras parecieron tan extraordinarias en boca de una criatura, que se imaginaron que el que las pronunciaba debía ser una persona divina. Y, en efecto, ellas son un fenómeno excepcional que establece una línea de demarcación, más que una línea, un abismo entre Jesucristo y todos los personajes que nos ha dado á conocer la historia. Tan llena está el alma de Jesús del sentimiento de su unidad con Dios, que de ahí resulta esa armonía completa de todas las facultades, armonía que constituye el ideal de la vida. La única necesidad que Jesús experimenta es la que siente Dios, si se nos permite la comparación. Dios difundió su espíritu en los hombres; Jesucristo difundió su amor entre sus semejantes, á fin de unirlos á Dios, que es su felicidad.

Hé ahí una apreciación que de seguro no rebaja la gran figura de Jesús. Para la humanidad moderna no es ya un Dios, porque la humanidad no cree ya que sea posible que lo absoluto se encarne en lo finito. Pero ve un ideal en Jesucristo: él, por sus esfuerzos, le enseña que puede llegar á la única unión con la divinidad que la razón admite, cual es el progreso incesante hácia Dios, tipo de toda perfección. Pues bien, á juicio de Strauss, esa exaltación de Jesús no responde todavía á su grandeza. En el pasado, Jesús es único. ¿Seguirá siéndolo en el porvenir? Concíbese que sus discípulos lleguen á la altura del Maestro; esto no

hace sino realzarle, puesto que á él deben sus imitadores su perfeccionamiento. Pero ¿no podrá suceder que en el porvenir haya un segundo Jesucristo que sobrepuje al primero? El porvenir pertenece á Dios, y no podemos saber hoy lo que sucederá mañana. Menester es que nos limitemos á confesar nuestra ignorancia. Pero al sentimiento religioso no le basta eso; anhela y quiere penetrar en la vida futura. Por otra parte, los cristianos que no adoran ya á Cristo como Dios se adhieren mucho más, por esta misma causa, á su perfección ideal; y quien dice perfecto, dice único. Escuchemos, sobre tan delicada materia, lo que nos dice un libre pensador.

Excusado nos parece advertir que Strauss no tiene nada de común con los soñadores protestantes que ponen á Jesucristo sobre la condición humana, para hacer de él un sér problemático que no es ni hombre ni Dios. Tampoco se trata aquí de la santidad de Jesús. Strauss le considera como un personaje histórico, como un artista en religión, por decirlo así, y se pregunta si, á consecuencia de los progresos incesantes del espíritu humano, será posible que se produzca un artista superior. Empieza Strauss por observar que el progreso no supone que los genios del porvenir sean en todo superiores á los del pasado. Hay manifestaciones del arte respecto á las cuales puede afirmarse lo contrario. ¿Quién dirá que han sido sobrepujados Fidias y Praxitéles? ¿Quién puede imaginar que algún día lleguen á serlo? ¿Quién puede asegurar que habrá en el porvenir un pueblo tan bien creado como los Helenos para el culto de lo bello? No fué ese medio favorable, único, el que permitió á la estatuaria griega llegar á ese grado de perfección que admiramos, sin poder alcanzarle? ¿No sucederá en la religión lo que en el arte ha sucedido, siendo en ella el sentimiento el que desempeña el papel más considerable? Pues bien, por el curso natural é inevitable de las cosas, la razón y la reflexión ocupan el puesto que el sentimiento ocupaba en el mundo antiguo. La humanidad moderna ha sobrepujado evidentemente el desarrollo intelectual que tenía la antigüedad cuando Jesús predicó la *buena nueva*. En este sentido ha dejado atrás á Jesucristo, el cual participaba de los errores y de las preocupaciones de su tiempo. ¿Necesitamos recordar su creencia en los demonios y en el próximo fin del mundo? Hoy tenemos una no-

ción más exacta del universo y de las leyes que le rigen. Pero ¿quién se atreverá á decir que tenemos una religión más pura, más verdadera que la de Cristo?

Aquí entramos en el alma de la cuestión. Jesucristo se engañó como se engañaron sus contemporáneos; se engañó creyendo que Él era el Mesías y anunció el próximo fin del mundo y su reaparición sobre las nubes. ¿No demuestran esos errores que el cristianismo no puede ser la religión definitiva, y que, por consiguiente, si hay para la humanidad un porvenir religioso, debe también haber una nueva revelación, revelación que se hará por el órgano del espíritu humano, lo cual nos autoriza á esperar un segundo Jesucristo superior al primero, como revelador de una religión más perfecta? Tal es la opinión de algunos libres pensadores. Los protestantes dicen que las preocupaciones de Jesús no impidieron que revelara la verdadera religión, porque Él no vino al mundo para enseñar astronomía ni física, sino para predicar al Padre celeste. Esa apología es insuficiente á todas luces. ¿No influyen en las concepciones religiosas las nociones científicas sobre el universo? Si los hombres empiezan por adorar fetiches, si deifican después á la naturaleza, si concluyen por elevarse á la idea de un Dios único, ¿no depende esa gradación del progreso de la cultura general? La religión no es un dominio aparte puesto al abrigo de toda influencia extraña. Para convenirse de que el cristianismo ha obedecido á una ley que no tiene excepciones, basta recordar la creencia de Jesucristo en el próximo fin del mundo. Strauss no lo niega; pero pretende que las nociones erróneas de Jesús sobre el mundo y sobre la acción milagrosa de Dios no alteraron la conciencia que él tenía de su unidad con ser absoluto. Esto nos parece contradictorio y nos permitimos hacer nuestras reservas. Ya volveremos á tocar este punto.

El debate en que estamos empeñados hace surgir otra cuestión: en el dominio del arte, la naturaleza produce genios diversos que cultivan el mismo género. Los Griegos tuvieron un Sófoles y un Esquilo; los modernos han tenido un Shakespeare. Sea cual fuere el genio de aquellos trágicos antiguos, es indudable que el poeta inglés tiene para nosotros un atractivo más poderoso, por la sencilla razón que él es el órgano de nuestros sentimientos

y de nuestras ideas en más alto grado que los poetas de la Grecia. ¿No sucederá lo mismo con un nuevo revelador? Cosa es que nos parece incontestable. Esto, dice Strauss, no disminuiría en nada la grandeza única de Cristo, el cual permanecería siendo siempre el primero, porque cuando una idea se produce por la primera vez y se encarna, por decirlo así, en un hombre, tiene mucha más fuerza que cuando es reproducida una segunda ó una tercera vez. No tenemos inconveniente en admitirlo; pero no vemos que esto responda á las objeciones de los libres pensadores contra lo que ellos llaman una preocupacion cristiana. Si hubo un Jesus, nada se opone á que pueda haber un segundo; y el segundo sería superior al primero, por la sencilla razon de que procedería de una cultura más avanzada y que estaría por eso mismo más en armonía con nuestros sentimientos y con nuestras ideas.

Pero todo esto son vanas especulaciones. ¿Qué sabemos nosotros de los designios de Dios? ¿Podremos decir si habrá jamas un segundo Cristo? De cualquier modo, no debemos imitar á los Judios esperando un nuevo Mesías. Hay una voz que nos dice: "Ayúdate y Dios te ayudará," y esa voz nos excita á poner manos á la obra. El espíritu humano ha traspasado el círculo de las ideas en que vivió Jesucristo. Ya no cree en lo sobrenatural ni en los demonios; y si cree que nuestro mundo tendrá fin, cree que esto sucederá cuando la mision de la humanidad haya concluido. Cumplamos nuestra diaria tarea y dejemos el porvenir entre las manos de Dios. ¿Por qué razon no ha de tener la sociedad en cuenta desde ahora los progresos realizados en el orden científico para modificar sus ideas religiosas? ¿Por qué no ha de repudiar de la herencia del pasado los sentimientos que ya no se armonizan con sus convicciones? Esos desarrollos, dice Strauss, en comparacion con los poderosos cimientos que echó Jesucristo, cimientos sobre los cuales reposará siempre el edificio social, no son más que granos de arena. Perfectamente. Pero eso no impedirá á la religion purificarse, llegar á ser, por consiguiente, más perfecta. No pretenden los libres pensadores otra cosa.

Llegamos á la conclusion de Strauss, que contrasta de un modo singular con las acusaciones de sus adversarios. La humanidad, dice, tendrá siempre religion, y, por lo tanto, á Cristo, pues querer

una religion sin Él es como querer cultivar la poesia sin cuidarse de Homero ni de Shakespeare. Jesus es inseparable del movimiento religioso, porque Él es quien ha revelado á los hombres la religion verdadera. Cristo no es, pues, mito ni símbolo, como tampoco es Dios. Es un personaje histórico, el más grande, el único. Pero se ha producido una gran revolucion en el culto que la humanidad le profesaba: durante siglos ha tenido los ojos fijos en sus milagros, en su muerte y en su resurreccion; hoy ve en estos hechos relatos míticos ó leyendas, y lo que la une á Jesucristo son sus palabras de vida, su caridad, su sacrificio. Hé aquí el elemento permanente que hace del cristianismo la religion definitiva.

II.

El nombre de M. Renan ha tenido en Francia la misma boga que el de Strauss en Alemania; su influencia sobre el público culto ha sido mayor aún, pues no hay éxito en la historia literaria comparable al alcanzado por el académico frances con su *Vida de Jesus*. No queremos aminorar en modo alguno la importancia de este hecho: sólo vemos en él una señal de los tiempos que aplaudimos de todo corazón. Si hacemos algunas reservas, no es ciertamente para aumentar el número de las vanas recriminaciones lanzadas contra la obra más popular entre todas las contemporáneas. No tenemos que entrar en apreciaciones sobre el designio general del libro, ni nos incumbe señalar sus defectos; nuestra tarea es mas fácil y grata. El hecho importante que vamos á hacer constar es la asombrosa analogía entre las conclusiones del escritor frances y las del teólogo alemán. Y nos fijamos en él, no para acusar á M. Renan de plagio, sino para celebrar con alegría el acuerdo que se advierte entre estos dos espíritus igualmente distinguidos, órganos de razas diversas, procedente el uno del catolicismo y el otro de la Reforma. Esto es lo que llamamos un signo del tiempo, y ninguno conocemos más consolador en la época de transicion dolorosa en que vivimos.

Jesus no es Dios: tal es el grito de la conciencia moderna. Él mismo no dice nunca que lo sea, sino sólo que está en relacion directa con Dios, que es Hijo suyo; la humanidad añade, por labios de Renan y de Strauss, "que la más alta conciencia

que de Dios se ha tenido la tuvo Jesus." Cuando decimos que Éste se cree en relacion directa con Dios, no queremos dar á entender que tuviese visiones, que le hablase Dios como á cualquiera hombre exterior á Dios mismo. No, Dios está en Él, se siente poseído de Dios, vive en el seno de Dios merced á una comunicacion de todos los instantes (1). Renan tiene para Jesucristo palabras que, en boca de cualquier otro, serían tachadas de exageracion, casi de idolatría. Sabidas son las palabras que dirigió Jesus á la Samaritana. La pobre hereje dice al Hijo del Hombre: "Nuestros padres han adorado sobre esta montaña, mientras que vosotros decís que en Jerusalem es donde hay que adorar." "Mujer, respondió Jesus, ha llegado la hora en que no se adorará ni sobre esta montaña ni en Jerusalem, sino que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad." El día en que Cristo habló así, dice M. Renan, fué verdaderamente el Hijo de Dios; dijo por vez primera la palabra que servirá de cimiento al edificio de la religion eterna; fundó el culto puro, sin fecha ni patria, el que practicarán todas las almas superiores hasta el fin de los siglos. Hé aquí, segun monsieur Renan, la religion absoluta; y aún llega á decir que si hay en otros planetas habitantes dotados de razon y sentido moral, su religion no puede diferir de la anunciada por Jesus á la Samaritana. Los hombres no han podido atenerse á ella constantemente, porque el ideal no se toca sino un instante. Las palabras de Jesus han sido un relámpago en una noche oscura; se han necesitado mil ochocientos años para que se habitien á su luz los ojos, no de la humanidad, sino de una parte infinitamente pequeña de los hombres. Pero el relámpago se trocará en pleno día, y la humanidad, despues de haber recorrido el cielo entero de los errores, se volverá hácia estas palabras como á la expresion inmortal de su fe y esperanzas (2).

M. Renan dice y repite que la religion de Jesus es, en cierto modo, la religion definitiva. Hay reserva en estas palabras; es necesario saber cuál es el pensamiento verdadero del escritor frances. En realidad, es vago, y no sale de generalidades reproducidas bajo mil formas. Declara M. Renan que el reino de Dios, tal como lo concebimos, difie-

re notablemente del espectáculo sobrenatural que los primeros cristianos esperaban ver resplandecer en las nubes; pero esto, dice, no impide que el sentimiento de Jesus sea el nuestro. ¿Qué sentimiento es este? "Jesus ha creado el cielo de las almas puras, donde se halla todo lo que en vano se pide á la tierra: la perfecta nobleza de los hijos de Dios, la pureza absoluta, la total abstraccion de las impurezas mundanas, la libertad, en fin, que sólo alcanza su amplitud en los dominios del pensamiento." Esto es lo que llama Renan el idealismo de Jesucristo, ó sea la verdadera religion, la religion definitiva. En su sentir no hay que hacer otra cosa sino desenvolver y hacer fecundo este germen.

El cristianismo ha llegado á ser casi sinónimo de religion. Jesus ha fundado la religion entre los hombres como Sócrates la filosofia. Despues de Sócrates, la filosofia ha realizado inmensos progresos; pero todo descansa sobre los cimientos que él puso. Así tambien despues de Jesucristo el pensamiento religioso ha llevado á cabo grandes conquistas; no se ha salido, sin embargo, no se saldrá de la nocion esencial establecida por él. Su religion no tiene nada de limitado. La Iglesia ha podido tener sus épocas y sus fases, encerrarse en símbolos que no han tenido ó no tendrán sino su época; Jesus ha fundado la religion absoluta, sin excluir, sin determinar cosa alguna, fuera del sentimiento. Será siempre en religion el creador del sentimiento puro; el sermón de la montaña no será excedido. Ninguna revolucion hará que dejemos de adherirnos, en lo que toca á la vida religiosa, á la gran liga intelectual y moral á cuya cabeza brilla el nombre de Jesus. En este sentido somos cristianos, aun separándonos en casi todos los puntos de la tradicion cristiana que nos ha precedido. Esta gran fundacion fué obra personal de Jesus: hé aquí por qué, sean cuales fueren los sucesos inesperados del porvenir, Jesus no será superado (1).

Pero á la vez que dice Mr. Renan que Jesus no será excedido, declara tambien que la religion ha hecho grandes conquistas despues de su venida; que nosotros no compartimos ya las creencias de los primeros cristianos, ni las de Cristo, por tanto. Hay que hacer, pues, como dice Strauss, una separacion entre los elementos diversos de la tradi-

(1) RENAN, *Vie de Jesus*, p. 75.

(2) RENAN, *Vie de Jesus*, p. 234, 235.

(1) RENAN, *Vie de Jesus*, p. 444-447, 450.